

DESDE LO ALTO SE VE EL MAR

Julen Gabiria



Libros de Ruta

DESDE LO ALTO SE VE EL MAR



© **Julen Gabiria Lara 2004, del texto original.**

Publicado originalmente bajo el título *Han goitik itsasoa ikusten da* por Elkar.

© **Libros de Ruta Ediciones, S.L., 2020.**

Bilbao-Galdakao errepidea

10-3 48004 Bilbao

info@librosderuta.com

www.librosderuta.com

Primera edición: noviembre 2020

Traducción: Julen Gabiria Lara

Edición: Eneko Garate Iturralde

Portada: © Zirimiri Press

Adaptación portada y maquetación: Amagoia Rekeru García

ISBN: 978-84-121780-6-7

eISBN: 978-84-121780-7-4

Depósito legal: BI-1557-2020

Impreso en España por Leitzaran Grafikak

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

CON LA VERSIÓN IMPRESA, GRATIS VERSIÓN DIGITAL DEL LIBRO.

Si ha comprado este libro y quiere disponer también del mismo en formato digital, escriba su nombre y apellidos en la primera página con bolígrafo o rotulador. Saque luego una foto de dicha página y envíela a info@librosderuta.com. Una vez recibamos su email con la foto, le enviaremos la versión digital del libro a su dirección de correo electrónico.



Liburu honen itzulpenak Etxepare Euskal Institutuaren dirulaguntza izan du. La traducción de este libro ha sido subvencionada por el Instituto Vasco Etxepare

Nuestra misión en la vida:
sonreír entre paréntesis para acabar
desapareciendo en silencio,
cada cual a través de su propia grieta.

Harkaitz Cano

Contenido

PRIMERA PARTE
SEGUNDA PARTE
BREVE ENCICLOPEDIA

PRIMERA PARTE

Nadie se esperaba aquel tiempo. Un día como aquel no se merecía un sol tan radiante. No era más que mayo, pero el ambiente ya empezaba a ser bochornoso.

No existía un termómetro más preciso que el que tenía Martín en el portal de su caserío: un cuco con una larga cuerda atada a la pata. El cordel, de unos cuantos metros de largo, permitía al ave volar hasta el tejado, pudiendo de esa manera llevar una vida relativamente normal para un cuco, si es que puede considerarse normal que alguien tenga un cuco amarrado en el portal como si fuera un perro que avisa de las visitas.

Cuando hacía algo de frío, aunque solo fuera un poco, el pájaro se quedaba en el portal o bajo una teja al lado de la chimenea. Pero aquel día no se estaba quieto: volaba en círculos hasta donde la cuerda se lo permitía, porque el sol pegaba fuerte aunque el día no lo mereciera.

La niebla y las lluvias de los días anteriores habrían sido mejores escenarios para lo que iba a suceder, pero la meteorología no entiende de política, y mucho menos de guerra. La guerra, en cambio, sí: la guerra sabe mucho sobre meteorología. Por eso los Junkers elegían los días soleados para lanzar sus bombas: porque así se vuela mejor y se ve mejor a la población corriendo espantada de un lado para otro. Y no descartemos otra razón: siempre es más doloroso echarse a llorar en días soleados. La gente que llora prefiere la lluvia. Los perdedores tienden a buscar ese tipo de consuelos, no les quedan muchas más opciones.

Por eso fue un día soleado: porque aquel día no se merecía tanto sol.

Como cada mañana, Martín Alberdi cogió su bicicleta para ir a trabajar. Los caminos seguían completamente embarrados; un ligero sirimiri bastaba para que todos los accesos de los alrededores se pusiesen perdidos. Lo sorprendente era que aquella vieja bicicleta aún fuera capaz de rodar por allí sin hundirse en el fango. Aunque, en realidad, si la intención iba a ser rodar entre barrizales, era mejor utilizar aquel montón de hierros que el modelo más reciente y reluciente de la Werstrack Berial. «Eso sí que sería triste», intentó consolarse Martín, porque, para qué quieres una Werstrack Berial, si luego no puedes meterla en el barro. De todas formas, no merecía la pena dar demasiadas vueltas al tema; al fin y al cabo, a Martín no le quedaba más remedio que conformarse con su bicicleta y seguir desplazándose todos los días por aquellos mismos caminos, hiciera el tiempo que hiciera, si quería seguir llevando algo de comida a casa.

Sin embargo, hubo un día en que las cosas pudieron haber cambiado: el día en que pudo haberse deshecho de su vieja bicicleta. Fue en Durango donde vio aquella maravilla, apoyada contra la pared del bar Urquiola. Una RPF Saint Etienne, nada menos; no una foto de esa bici, ni tampoco alguien que te habla de ella, no: una RPF de verdad, una preciosidad con los racores pintados de verde y rojo, y un sillín Brooks de cuero que daban ganas de oler, tocar y casi hasta de lamer. Tres piñones, plato de 46 dientes, un caño incorporado al cuadro para engrasar la cadena, un portabidones delante del manillar, y unos tubulares Wolber Soissons Renforce que, ellos solos, ya valían más que el sueldo mensual de Martín.

Si no hubiera sufrido aquella parálisis ocasionada por la fascinación, Martín habría dado el cambiazo, dejando la suya, cogiendo la nueva y escapándose al ritmo frenético de los 46 dientes. Pero se quedó literalmente petrificado:

demasiado tiempo con la boca abierta, algo incompatible con el acto de robar una bici.

Y en ese momento, en pleno éxtasis, apareció por la esquina un tío montado en un cacharro que no valía ni para regalo. Con cada pedalada que daba, el trasto se lamentaba con unos chirridos tan estridentes que anunciaban su llegada desde al menos medio minuto antes.

Cualquiera con un mínimo de dignidad se habría muerto de vergüenza por ir montado en aquel jamelgo, pero no parece que a su dueño le importara tanto ese detalle, y lo cabalgaba con una fuerza monumental, avanzando a golpe de riñón y tozudez, ridículo pero veloz.

Todo sucedió tan rápido que a Martín no le dio tiempo de cerrar la boca. Y para cuando la cerró, aquel hombre ya se había desmontado de su destartalada reliquia, para agarrar como un rayo el manillar de la otra bici, deslumbrante, objeto de deseo de todos los que la estaban contemplando. No fue más que un segundo, pero en ese brevísimo abrir y cerrar de ojos, el tío ya se había encabalgado sobre el cuadro de la RPF, los pies apoyados en los pedales pero todavía sin llegar a sentarse en el sillín. Apoyó el peso de todo su cuerpo sobre la pierna derecha, le dio continuidad luego con la izquierda, y para la tercera zancada ya había desaparecido del lugar; la vieja bicicleta, la abandonada, ni había caído al suelo aún, pero el caco ya no estaba allí. Así de rápido fue todo; da más trabajo leerlo que observarlo.

«¡Al ladrón!», gritó alguien, y un joven salió del bar, un muchacho desgarbado con pantalones cortos y un elástico a colores, sosteniendo un chiquito de tinto en la mano. Martín todavía no había reconocido a aquel veinteañero, ni se había fijado en su prominente nariz y en sus grandes orejas, hasta que un niño empezó a dar voces, gesticulando con los brazos y dirigiéndose a aquel joven al que todos miraban: «¡Por allí ha ido, Fede, por allí!».

El muchacho dejó el vaso en el suelo y se dirigió deprisa al borde de la acera, donde yacía el viejo montón de hierros que aquel golfo había tirado; lo levantó, se montó en él, dio unas cuantas pedaladas herrumbrosas y se perdió por las calles de Durango entre los aplausos y los gritos de la gente, «¡dale, dale, Fede!», «¡venga, que eres el amo!». Aquel trasto parecía que iba a descacharrarse cada vez que el joven daba una pedalada, pero ni en sus mejores días conoció aquella bicicleta una velocidad parecida, y Martín se vio obligado a preguntar quién era aquel Fede: «¿quién es ese?», preguntó al primero que encontró a su lado, un niño pecoso de unos diez años, y el chico se le quedó mirando con cara extrañada, pues solo así se podía mirar a todo aquel que no supiera quién era Federico Ezquerra.

«Federico Ezquerra», le contestó el chaval, entre desconcertado y hostil. Martín abrió mucho los ojos: después de haber oído tantas hazañas protagonizadas por Ezquerra, al fin tenía delante a aquel héroe, al ciclista que aparecía en los periódicos, que se reproducía de boca en boca y que en cada nuevo comentario se iba agigantando más y más, que ya se había hartado de ganar carreras locales y ahora también vencía con autoridad en Cataluña, Galicia, Valencia, en escapadas solitarias e insólitas, en narraciones que la gente improvisaba mientras los dueños de los bares anotaban las clasificaciones con tiza en los encerados.

Y un cuarto de hora más tarde, con aún más gente arremolinada alrededor del bar Urquiola, Fede Ezquerra volvía al lugar donde había comenzado todo, montado orgulloso sobre su RPF. Llegó sudando, la mano derecha hinchada (en este punto, las narraciones que llegaban de boca de supuestos testigos que habían presenciado la escena de la captura iban haciéndose cada vez más épicas: alguien habló sobre el puñetazo que Ezquerra propinó al

ladrón, y después alguien más añadió que, al recibir aquel golpe, la cara del tío giró violentamente y saltaron gotas de sudor por el carrerón que se había metido, y también de saliva por la precisión con la que Ezquerria enganchó la mandíbula del espabilado) y con una cara de trueno que daba miedo. Pero la gente, como no podía ser menos, lo recibió con una ovación, y aquel ciclista larguirucho esbozó una sonrisa y levantó el brazo al aire a modo de gratitud. Solo faltaban una azafata, un ramo de flores, la banda de música y el alcalde de algún pueblecito francés colocándole una franja de tela sobre el torso.

Seguramente porque Martín era el que en ese momento más cerca estaba del bar, Ezquerria se le acercó y, poniendo la RPF en sus manos, le pidió: «me la cuidas». Después, como si no hubiera sucedido nada, el ciclista recogió el vaso del suelo y volvió a entrar al bar para rematar lo que había dejado a medias.

Y allí se quedó Martín, cuidando aquella joya durante un rato. Los críos se le acercaban como seres de siete brazos, deseando toquetear los radios finos e interminables, o intentando posar sus narices sobre el cuero del sillín, y Martín los ahuyentaba, poniendo al menos un metro de distancia entre aquella multitud de manos agitadas y la bicicleta. Y no conforme con cuidarla, se sacó un pañuelo del bolsillo y se puso a limpiar una mancha de barro que había debajo del cuadro, totalmente abstraído de las docenas de ojos que lo rodeaban.

Cuando Fede salió del bar, nuevamente jaleado por los gritos del gentío, se dirigió hacia Martín. Tras repasar la bicicleta con la mirada, hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Después pegó una palmadita en la espalda a Martín, sacó un par de monedas del bolsillo y se las puso en la mano: «para que te tomes un chiquito».

En medio de un estruendo cada vez mayor, el corredor agarró su bicicleta y se encaminó hacia la carretera principal, pedaleando pausadamente al principio y con más brío después. Martín se quedó clavado, mirando más a las monedas que tenía en la mano que al propio Ezquerra. Un mocoso se le acercó y se las pidió insolente. Martín solo acertó a mover la cabeza de izquierda a derecha, una y otra vez, sin poder apartar la mirada de aquellas monedas. Se las había dado nada menos que Federico Ezquerra. Y él, como hombre hecho y derecho que era, no se tomó un chiquito: se las guardó en el monedero y volvió a casa montado en su vieja bicicleta, aquella de la que no llegó a deshacerse un rato antes.

Algunas horas más tarde, ya en el caserío, cogió un bote de cristal, soltó la lagartija que había dentro, y guardó las monedas allí. Román, que por aquel entonces tenía once años, no entendió el cambio: no le gustó que las monedas se movieran tan poco y que no se empeñaran en buscar la salida, como hacía la lagartija. Las explicaciones de su padre fueron en vano, aunque le repitió de todas las maneras posibles que aquellas monedas eran históricas, que se las dio en mano el mismísimo Federico Ezquerra, y que valían algo más, bastante más, infinitamente más que una lagartija que atraparon cuando el bicho tomaba el sol desprevenido sobre un pedrusco. Fue inútil: Román no lo comprendía y ya está. Hay cosas que son simplemente incomprensibles, y por tanto imposibles de razonar y de explicar.

—¿Y para qué necesitamos unas monedas metidas ahí? — le preguntó Román.

—Hombre, el tema no es si las necesitamos o no. Lo que tienen de especial es que me las ha dado un corredor famoso...

—lo intentó Martín una vez más.

Román se quedó callado por un momento:

—¿Y quién se las ha dado a él?

Martín Alberdi no pudo responder a esa pregunta. De repente se le pasó por la cabeza que a Ezquerria se las habría dado el tabernero del bar Urquiola, y a aquel, por su parte, cualquiera que hubiera pasado por allí, quién sabe, algún tratante de ganado de la comarca, un borrachuzo de medio pelo, el chico de los recados o el afilador al devolverle los cambios. Resumiendo: que aquellas monedas valían menos que una mierda.

—A él no se las ha dado nadie —se sacó de la manga Martín, pero estaba claro que la respuesta no iba a satisfacer a nadie.

Tampoco es que fuera una tragedia de magnitud planetaria, pero fue entonces cuando Martín, aquel hombre hecho y derecho, se dio cuenta verdaderamente de la tontería que había cometido. Pero para entonces la lagartija estaba demasiado lejos, como mínimo en Amorebieta. Y fue también aquel mismo día cuando Román empezó a odiar a su padre. De acuerdo, no era una tragedia de magnitud planetaria, eran solo una lagartija y un par de monedas sobadas, pero qué más hace falta para que surja un bache que irá convirtiéndose en socavón, luego en hoyo y después en sima, de esas que lanzas un guijarro y no se oye cuándo golpea el fondo.

Aquel 1933, Ezquerria ganó multitud de carreras, una tras otra, insaciable. Cada vez que Martín se enteraba de aquellos triunfos, volvía a casa y rememoraba orgulloso la anécdota mil veces contada de Durango, siempre con las mismas palabras y con la misma satisfacción, una satisfacción que ya nadie se creía pero que había que volver a revivir para así poder justificar la escena que vendría después: cogía el tarro de cristal con las dos monedas dentro, y lo sacudía con fuerza. Aquel repiqueteo

despertaba la rabia de Román, siempre latente y que, lejos de apagarse, crecía a cada triunfo del ciclista.

Si al menos Federico Ezquerria hubiera fallado en alguna carrera, si hubiera pasado una semana sin ganar nada, si algún tipo de sequía le hubiera carcomido las piernas, si se le hubiera cruzado un perro en medio de la carretera para no haber levantado los brazos al menos en la más miserable de las carreras. Pero Federico Ezquerria lo ganaba todo, y siempre sonaba el desesperante tintineo de las monedas en el bote de cristal, siempre el mismo sonido, y quién sabe dónde estaría ya la lagartija, ponte ahora a buscarla.

Las lagartijas son rápidas, el rencor se mueve despacio. Las lagartijas tienen sangre fría, el rencor arde. La esperanza de vida de las lagartijas dura lo que dura. El rencor dura más de lo que duran sus razones.

Un día de 1935, padre e hijo fueron a ver una etapa de la Vuelta al País Vasco al alto de Bidania.

—Hoy sabrás quién es Fede Ezquerria —le dijo Martín a su hijo.

Lo dijo sin ninguna mala intención, sin llegar a imaginarse que aquello podría acentuar la furia del chaval. Él simplemente estaba empeñado en lo suyo: creía que algún día Román llegaría a admirar a Ezquerria, y que después veneraría aquellas monedas, y así, poco a poco y de rebote, volvería a ver con otros ojos a su padre. Y se empeñaba en seguir intentándolo de esa forma: agitaba el bote, hablaba sobre Ezquerria cada vez que podía, y por fin consiguió llevarse a su hijo a ver una gran carrera a Bidania, lugar que no estaba precisamente cerca de casa. Lo de las monedas era una verdadera estupidez, y lo sabía Martín y lo sabía Román, instalado cada uno en su propio enroque y haciendo que aquel resentimiento avanzara por pura inercia, ya casi sin poder recordar con nitidez por qué

nació, y sin embargo siguiendo adelante con ello, llevándolo a hombros simplemente porque estaba allí, en sus hombros. Y los dos sabían, cómo no iban a saberlo, que el mundo no se acabaría por una puta lagartija, que aquel problema no constituía ni medio átomo del caldo primigenio de una tragedia de magnitud planetaria. Pero ninguno de los dos lo reconocía: el padre no podía admitir que había dinamitado la ilusión de un crío que se levanta por las mañanas y lo primero que hace es mirar a su lagartija; y Román, por su parte, se resistía a admitir que habían pasado dos años desde entonces, y que ni él era ya un niño, ni que un enfado de tan escasa categoría puede durar tanto.

Es cierto que, al principio de todo aquello, el asunto de la lagartija y las monedas había ocupado una gran parte de la relación entre ambos, pero, a medida que pasaba el tiempo, todo pasó a ser más silencioso e irracional; en realidad, solo Román incubó y desarrolló ese resquemor que lo comía por dentro. Pero una vez que empezó, ya no pudo frenar.

Todo acabó con la muerte de su padre; así acabó aquella bobada y así acabó todo. Murió en 1937, un mes después del bombardeo de Gernika, y Román entendió de golpe que había malgastado los últimos cuatro años. Pero ya era tarde, ya no tenía sentido arrepentirse.

El día en que fueron a Bidania, Martín le dijo: «hoy sabrás quién es Fede Ezquerria». Pero Román entendió: «hoy sabrás por quién te arrebaté la lagartija».

Por si la historia no fuera ya lo suficientemente melodramática, hay que añadir el factor de que la lagartija tenía nombre: se llamaba Victoria. Solo el hecho de imaginarse a una lagartija vagando perdida por los bosques es algo de por sí tristísimo, pero el drama sobrepasa todos los límites si la aludida se llama Victoria. Román se la

imaginaba arrastrándose por las laderas del monte Bizkargi, y recordaba, volviendo a la época en la que el bicho vivía en el tarro, cómo se quedaban los dos mirándose: Román golpeaba el cristal con la uña, y Victoria se agitaba ligeramente, solo un poco, como avergonzada, y volvía a mirar con disimulo, girando la cabeza hacia atrás con esos ojazos. Eso al principio, porque luego, acostumbrada ya y haciéndose la remolona, Victoria ni se movía cuando Román golpeaba el cristal, y encima le sacaba la lengua, la muy reptil.

Martín le dijo «hoy sabrás quién es Fede Ezquerria», y Román no le contestó. En realidad, que unos ciclistas pasaran por delante de sus narices no le importaba demasiado. Fue idea de su padre ir a Bidania, así que, solo por eso, aquel plan no podía funcionar. Era así siempre, un tira y afloja mudo y subterráneo. Pero fueron a Bidania, a aquel puerto repleto de gente, la mayor muchedumbre que Román había visto nunca: empezando desde las primeras rampas de Benta Aundi y siguiendo después por Albiztur, el público abarrotaba la carretera hasta la cima del puerto.

—¿Ves cuánta gente esperando a Ezquerria? —le soltó Martín—. Solo faltas tú.

Y, emocionándose a cada palabra, comenzó a relatarle algunos de sus triunfos más extraordinarios: cómo atacaba cuesta arriba y cómo dejaba sin aliento a todos los demás, a René Vietto y compañía.

—Del susto —le explicó—. Del susto que se llevan al verlo arrear de esa forma, se quedan todos sin respiración.

Pero volvía a ser tarde, una vez más: para entonces, más que al discurso de su padre, Román prestaba atención a un nombre que se repetía de boca en boca entre toda la gente que taponaba la carretera. Si uno decía que Ezquerria era el mejor, o si otro contestaba que el número uno era Vicente Trueba, enseguida aparecía alguno que afirmaba, en voz

más alta y con más seguridad que los demás, casi a gritos, que el mejor del mundo, no de aquella carrera ni de aquella temporada, sino del mundo, era Bartali, «¿me has oído bien? ¡Gino Bartali!, pronto lo verás... o no, porque va a pasar a toda hostia». Y añadía que era el mejor porque había ganado el premio de la montaña del último Giro, y que solo tenía 21 años, y que se prepararan todos aquellos ezquerras, truebas y demás pelagatos, porque a partir de ese momento no llegarían ni a oler las victorias, y tendrían que repasar fotos antiguas para recordar qué era eso de levantar los brazos al cruzar la meta.

Román no necesitó más argumentos: aparte de que el palmarés de aquel Gino Bartali parecía espléndido, los que hablaban de él lo hacían más ruidosamente que nadie, y le pareció fabuloso que en adelante Ezquerria tuviera que mirar sus viejos álbumes, que se apartara a la cuneta ante la avalancha de los ciclistas más jóvenes, que se callara ya con el tintineo de sus putas monedas, que desapareciera de una vez de su vida. Así que Román ni se lo pensó, y tampoco lo expresó: simplemente se puso a favor del italiano, y cuando faltaba poco para que el pelotón pasara por allí, cuando se empezó a oír primero un rumor nervioso y lejano, y algo después el rugido de los aficionados creciendo y creciendo hasta convertirse en una marabunta ensordecedora, y cuando de entre todo aquel gentío emergieron dos hombres en cabeza, Ezquerria y Bartali cuerpo a cuerpo, él ya sabía a quién iba a animar a muerte: al único que podía plantar cara a Ezquerria.

Aquella Vuelta al País Vasco, la de 1935, la ganó Gino Bartali. Logró tres de las cinco etapas, y lo único que Ezquerria pudo ver durante el transcurso de toda la carrera fue el dorsal del toscano. Aquella noche, en Muxika, no se oyó el sonido de las monedas contra el cristal. Todos en

aquel caserío lo sabían: la victoria de la que habían sido testigos fue también la victoria de Román contra su padre.

★ ★ ★

Todo eso sucedió bastante tiempo antes. Ahora estamos en mayo: el sol ilumina todos los instantes del último día que verá Martín Alberdi. Un día que no se merece un tiempo así, o un tiempo que no se merece un día así.

Cuando salió del caserío notó cierta humedad, una pesadez que se intuía en la claridad que asomaba tras las colinas. El cuco, atado a su cuerda, amaneció dando saltos de un lado a otro. Hacía un mes que habían bombardeado Gernika. No quedaba una piedra sobre otra, parecía imposible darle la vuelta a aquello, nadie conocía con exactitud el número de cadáveres que seguían apareciendo entre cuerpos de vacas y caballos, entre restos de edificios aún humeantes que la gente apartaba con temor a encontrarse más manos o caras calcinadas; y lo hacían en silencio: el único superviviente que resistía entre los escombros, y con más fuerza que nunca.

La gente llegaba en bicicleta desde los pueblos de las inmediaciones a hacer lo poco que era posible ante semejante caos, sin ningún plan definido, nada organizado, nada que se pareciera a una tarea de desescombros.

Martín también iba todos los días a Gernika, pero a trabajar a la fábrica, uno de los pocos edificios que quedaron en pie en toda la villa: la fábrica de armas Unceta y Cía. Casi nadie se extrañó cuando, una semana después del bombardeo, en medio de aquella nada de piedras, la fábrica volvió a ponerse en marcha trabajando a un ritmo frenético, produciendo armas que irían a manos de aquellos

que, metro a metro, día tras día, ganaban terreno para su inminente victoria.

Su mujer y su hijo ya no estaban en el caserío de Muxika: pocos días después del bombardeo, Martín les preparó la huída a Algorta, a casa de una familia que veraneaba en Busturia, muy cerca de Gernika. Aquel exilio apenas se situaba a 35 kilómetros al este, lo suficiente para hallarse momentáneamente a salvo del avance golpista. Su mujer intentó convencerlo de que también él se marchara con ellos, pero Martín no cedía: tenía que ganar dinero, necesitaban aquel dinero, pero les decía que pronto se reencontrarían, solo hacía falta ganar aquella maldita guerra.

Durante el mes que transcurrió desde el día del bombardeo, el ambiente en la fábrica se volvió irrespirable: uno de los trabajadores, un asturiano llamado Senén Pineda, apareció muerto entre las cajas del almacén tras haberse metido una pistola en la boca. Le fue fácil hacerse con el arma, pues era una de las pistolas que fabricaban ellos, seguramente una que el mismo Pineda montó pieza a pieza y que finalmente percutió contra su propio paladar. En su bolsillo encontraron un mensaje en el que se le recordaba que trabajaba para el enemigo.

El trabajo de Martín consistía en repartir con una camioneta el material que producían en la fábrica. Nunca supo ni le importó qué clase de armas había en las cajas que transportaba; se limitaba a cumplir órdenes. «Esta mercancía a Vitoria», le decían, y él la llevaba sin preguntar. Si algo tenía claro, era que no se pondría a indagar en qué se iba a utilizar aquella mercancía, ni de dónde procedía el dinero con el que pagaban su sueldo. No merecía la pena; era mejor cumplir órdenes y sacarse la vida, aunque tuviera que aborrecer su trabajo y se viera obligado a agachar la cabeza cada vez que pasaba por